

CAPÍTULO I

EL ASNO Y EL ENJUTO AGRICULTOR

“La felicidad no es cosa fácilmente digerible; es, más bien, muy indigesta”.

Don Miguel de Unamuno y Jugo.

En un pueblo, de los de esta España, y no hace demasiado tiempo, vivía un enjuto y bajito agricultor. Con trabajo duro y receta diaria de estreñimiento de bolsillo, consiguió unas buenas prosperidades y vivía sin excesivas dificultades en sus problemas,

que los tenía por pertenecer al rango humano.

En aquellos años las cosechas de grano fueron agradecidas, se habían sucedido abundantes. Ni las heladas, ni las sequias; se ensañaron con las siembras, y los frutos que dio la tierra fueron generosos.

Si bien dicen que existe un Dios grande y bueno, que en esos años dio cosechas: Aquí, al hacer a este hombre tuvo mucho desatino; porque lo dejó casi enano y cuando le colocó los dientes en la boca, se le olvidó repartirlos, que los abandonó todos amontonados y de muy malas maneras. Sus labios finos tenían que estirarse para tapar- los y con el paso del tiempo se le quedó en la cara una sonrisa exagerada y muy falsa.

Cuando se le envejeció su burro. Un pobre animal; que estoico soportó la tacañería roñosa de su

amo, que sufrió penurias en el pesebre, que siendo injustos sus años de viejo y de servicio; que a pesar de todo fue un fiel asno. El prospero labriego usando su egoísta inteligencia barruntaba —y antes que el rucho se me desparrame por la cuadra, tengo que venderlo. Y con los dineros de este y un pellizco de alcancía—. Se frotó las manos porque el negocio prometía.

—Con lo ahorrado por bien alimentar con poco grano y mucha agua al rancio. —silabeaba, con regocijo interesado, dentro de su cabeza. —Haré un gran trato... Un negocio importante—. Concluyó, en sus pensamientos el labrador.

—Es un buen trato —. Se repetía para remover las palabras.

A los meses, el campesino de nombre Amadeo, quiso sus dos nuevos equinos. Al desgraciado pollino viejo, se le quedó holgada la piel sobre los huesos y la panza rozaba el suelo. Apenas le quedaba tiempo para que su negocio se le muriese.

La palabra negocio producía una especial emoción en el interesado agricultor: le cambiaba el paladar y el gesto, sus ojos se alargaban, para ver agudo; la mano se le iba cerca de los labios para que sus dedos jugasen con ellos y el dedo pulgar acariciase la barbilla.

Todo el pelo que le faltaba en la cabeza, porque era un hombre calvo de coronilla a frente, lo conservaba en las cejas que eran muy pobladas y cortaban sobresalientemente el sudor a la vez que daban esplendida sombra a los ojos. La sensatez de la cabeza se la solía absorber la boina, que calzaba siempre apretadísima.

De esa guisa y con esas reflexiones, le vendieron, y compró dos jumentos. Al famélico lo dejó atado en una argolla de la pared del matadero y olvidó su nombre. Mientras el satisfecho comprador se alejaba el vendedor se decía.

—No hay tonto de mejor calidad que el que se cree listo. Amadeo presumía con ostento y reboso para sus adentros, para

sus afueras y para cualquier lugareño que pudiese verlo.

El uno, de los borricos, talludo y vistoso. Un onagro alto y bigardo; de color negro bravo; de pelo espeso y brillante. Con presencia y señorío, con más modos de caballo que de burro.

El otro, bajo y fortacho; con poca presencia y escaso lustre pero de lomos fuertes, de color gris asno, de nobleza en sangre, de mirada fiel en sus ojos, para su amo y para la vida.

Caminaba, el señor propietario de los animales pasado y harto de orgullo, pensando en la gran envidia que despertaba. Tiraba de la recua, con poderío. Su paso era seguro y severo. Detrás, los dos jumentos le seguían enganchados por un ramal.

El tosco Amadeo llegó con las dos bestias, a su casa. Su situación había cambiado: de ser un campesino con pollino, a ser un señor, dueño de dos burros y casi medio.

—Echándolos a trabajar, tanto como al primer rucio... me producen el doble —pensaba.

El campesino ya ansiaba llegasen los próximos años, cuando sus bestias se envejeciesen y gastasen, se le convertirían en cuatro. La codicia le centelleaba en los ojos y lucía una leve sonrisa mezquina de para mí el rico futuro y sus pensamientos le hicieron casi relinchar.

Fue su esposa quien, por falsa generosidad, le regaló la primera observación.

—¡Para que dos burros ¡ —exclamó la mujer.

El campesino, con argumentada seguridad, sentenció.

—Con ellos ganaremos más—. Lo dijo sin despegar labios y sin separar dientes.

Mientras guardaba los animales en la cuadra notó el primer problema; sólo había un pesebre. Vacío la mitad de medio costal pequeño de avena y los pollinos se dispusieron a comer.

Allí mismo, apoyado en una albarda, el segurísimo Amadeo decidió poner nombre a sus

jumentos. Al burro lustroso, lo bautizó con “Sobrao”, al otro lo apodó “Patás.”

Al día siguiente, antes que cantasen los gallos, se retirasen todas las estrellas y llegasen las primeras luces del día; el gañan de Amadeo ya estaba preparado para trabajar. Aparejó sus bestias, primero el borrico grande y después el rucho de pobre apariencia.

El hombre, boina calada, salía delante de la reata. Con orgullo, en zancada y en cabeza, se dirigía a la salida del pueblo. Desfilaba por las calles con ganas de ser admirado por sus convecinos.

Con los últimos rayos de sol, el hombre rustico y del terrón, se dispuso para volver a su casa. Cargaba a los burros con la leña que durante todo el día a base de brazo y hacha, consiguió arrancar de una encina. Cavilaba, con lógica tremendamente áspera. —¿Para qué me voy a dar una caminata?. Puedo montar en un burro y el otro que lleve toda la carga—. Dicho y hecho.

Preparó al borrico chico para la carga del Sobrao y la propia. Como era un asno bajito, el agricultor tuvo que alzar poco los troncones. Lo veía con magníficos lomos y patas fuertes.

—Llegaré a casa cabalgando en el burro grande—. Se pensó el hombre.

La comitiva inicio y encaminó la vereda adelante. Sobrao, con porte poderoso y soberbio, llevaba en sus lomos al hombre menu- dillo. Detrás a unos metros el pobre Patas, silencioso y cabizbajo, marchaba cargado hasta las trancas. Un vecino que volvía al pueblo con azada acuesta y pintas de soldado de la labranza, saludó al escurrido agricultor.

—Buenas tardes, tenga usted don Amadeo —y pensaba —mira al “Macaquillo”... tan presumido y ostentoso—.

El diminutivo lo heredó por física y parte de padre, alias “El Macaco” por ser ese progenitor de estatura y complexión media. Al Amadeo, hijo que no le creció en exceso, lo llamaron sus paisanos “Macaquillo”. También lo conocían con el mote de los “Engorrunos” por la parte y reputación de su difunta madre que en los

asuntos mezquinos de la personalidad andaba muy larga. Dependiendo de quién lo mirase le aplicaban uno u otro mote, y los dos si era preciso realizar alguna aclaración.

Tan ancho de orgullo como largo de vanidad; el “Macaquillo” propietario de los dos burros, lo miró y sintió tal altura sobre aquel individuo que casi le gritó.

—Buenas tardes y adiós.

A la vez que devolvía el saludo, un arre y dos patadas en los costados hicieron que Sobrao cogiese trote alegre. Dio un tirón del roncal de Patas, que ni protestó con sonido alguno ya que al intentar sacar fuerza para el rebuzno, su boca sólo pudo aspirar aire para coger más aliento, que envió de inmediato a sus patas para avivar la carrera. Según le indicó su amo.

Amadeo se mordió; la emoción, el sentimiento y las ganas de gritar. —Ahí te quedas... atrás y andando... so pringao.

Cuando quitó la carga, empujó a los asnos a la cuadra. y mientras les daba de beber, se alegró de su burro bajito.

Pensó. —Si fueses tan alto como el Sobrao, tendría que saltar para cargarte y después volver a brincar para descargarte. Tú, tienes la talla ideal.

Patas, liberado de la carga, después de esperar turno y ver como Sobrao se hartaba de agua, humedeció su hocico en el pilón y dio unos sorbitos; al fin rebuznó y con agradecida docilidad miró a su dueño. Lo seguía con ojos de fiel Platerillo mientras el agricultor trasteaba en el pesebre.

Para la justicia sobre la capacidad de ese comedero sería correcto expresarlo como: hornacina para virgen chica y no excesivamente erguida, que vistiese con una toquilla recogida.

Sobrao, estaba armado con brutales quijadas. Sus carrilladas y bocados rellenaban al completo el pesebre. En vertiginosos segundos se atiburro. El saciado permitió que su compañero de cuadra metiese la cabeza en la concavidad que escasamente ocupaba dos palmos de hueco en la pared.

Patas había observado y esperado su turno, cansado y de hocico corto, apenas llenaba la boca de

grano. La jornada le pesaba sobre todos y cada uno de los huesos de su cuerpo. Daba leves bocados, disfrutando en todos sus dientes de la comida, intentando alargar aquellos momentos placidos.

Ese día el agricultor llegó descansado a su casa, se había ahorrado una perjudicial caminata. Después de cenar, pan y queso, estaba fresco y lozano. Decidió acostarse pronto con la parienta para triscar juntos. Retozó con la gorra chata hincada en la mollera, que según se opinaba el paisano, le servía para calentarse en las cosas del cerebro.

Pasaron los días. El payes estaba contento de su buen negocio y por sus animales, uno le llevaba y al otro lo podía cargar con mucha facilidad.

Patas era dócil y servicial; lejos del temperamento y la testarudez que gallardeaban en Sobrao.

Un día Sobrao, habló con su compañero.

—Escúchame con atención, asno ignorante —dijo tan arrogante, como un babieca ganador.

—Podemos vivir bastante bien con el destripaterrones, pero cada cual debe de hacer su trabajo. Tú cargas y yo le daré vanidad.

Pasaron los meses, como obligación que es y de obligado cum- plimiento que deben ser.

“Las leyes del tiempo pasado todo el mundo las cumplió... pero de diferente forma”

Se personó el amo dispuesto a herrar a sus burros. Discutía en la puerta de la cuadra sobre el precio de las herraduras. Patas estaba ilusionado que los cascos le habían perdido la forma y le costaba afirmar las manos.

—Las herraduras y una buena limpieza de cascos me aliviarían y podré trabajar más y mejor.

Entraron Amadeo y otro hombre que parecía muy enfadado, apartaron al borriquillo a un lado y cogiendo las pezuñas de Sobrao las limpiaron y colocaron sobre cada uno de sus cascos unas flamantes herraduras. El hombre dijo.

—A ese asno gris le hace falta sanearle las pata. Parece que las manos no las apoya bien y ves tiene grietas.

—No me vas a sacar más dineros, a este le toca... en la próxima vez...ahora apañamos a un burro y luego al otro—. Aseguró Amadeo.

Patas no se fijó en el herrero; simplemente le pareció un hombre grande. No conseguía quitar sus ojos de las relucientes herraduras que tenía Sobrao, eran anchas y fuertes, seguro evitaban se clavasen las piedras.

—Pronto me tocará a mí—. Se consoló el asnillo, mirándose sus gastadas herraduras de papel.

El Sobrao ganó en peso. El porte señorial y el lustre le rezumaban con deseos de corcel. El contento agricultor alcanzó los usos de la feliz mezquindad. El otro animal estaba menguando, sus patas se habían arqueado y su grupa se aproximaba al suelo. Presentaba un aspecto muy desmejorado y fatigado; su pelaje estaba raído y en algunas partes comenzaban a faltarle carne y pelo. Las rozaduras se convirtieron en sus señas de identidad.

Desafortunadamente, sobre el refrán: “A quien madruga Dios le ayuda”. Se debe aclarar que los madrugones le sentaban fatal al borriquillo.

Fue la mujer quien a pesar de ser consorte de mucha alegría, observando a su querido y esposo que ahora tenía más noche que nunca para retozar, le comentó.

—Al borrico bajito le pasa algo... ya no tiene fuerzas ni para sujetarse las orejas.

El campesino explicó convencido, mientras paleaba estiércol y lo amontonaba en una esquina del establucho. —Ese rucio nunca tuvo las orejas tiesas... recuerda cuando lo traje. El corto lucimiento que soltaba.

—Y mira ahora—. Continuó convenciéndose. —Bajito, patas arqueadas de fuertes y de poco gasto—. Así quedó la conversación.

En ese atardecer, el agricultor sopló dos palos de vara con se- queidad y descortesía en la grupa de Patas. El desdichado animal debía de mantener el trote ágil que imponía Sobrao. Aquella noche en la cuadra, el

peripuesto haragán se dirigió con palabras de amenaza a su compañero.

—Tío ponte las pilas... si yo me llevo un estacazo por tu culpa, cuando el codicioso duerma, te reventaré las tripas a coces.

Todo esto lo dijo, batiendo las quijadas, con la boca atestada de paja y grano.

Esa noche; el dócil no pudo probar bocado, el estomago se le había encogido y el pesebre lo vio tan alto... Un enorme desconsuelo que le apretaba el corazón, tampoco lo dejó dormir.

El último día del año, no se sabe porqué sinrazón el penco dueño, echó unos celemines de higos secos en el pesebre. Patas pensó en el festín, pero fue Sobrao quien se lo dio. Devoraba los higos sin usar las muelas. El desvalido Patas sólo consiguió uno, que cayó a su lado, en el suelo y que saboreo, como siempre, despacito.

Esa noche a la bestia de Sobrao, le ocurrió algo y quizá una indigestión. Tuvo desagradables retortijones y las tripas no paraban de sonarle y moversele; tanto que, parecía se le iban a escapar. Sus descargas flatulentas infestaron el aire y los cañonazos de boñigas blandas repellaron paredes y techo. Sobrao acusó al burrito de permitirle comer los higos podridos y le regaló unos bocados. Mordiscos que dejaron los dientes marcados. Colmillos que le arrancaron piel y pelo dejándole nuevas calvas y conchas de sangre.

El invierno fue seco y frío. Después, varias heladas tardías de primavera se llevaron las siembras. El año no despuntaba bien. El agricultor conocido como “el Macaquillo” se alejaba del realista pesimismo de la tierra y esperaba a que el tiempo arreglase las cosas. Era un hombre; que montaba en un, casi alazán, que llegaba a su hogar antes que los demás labriegos y que en el último año había fornicado con su señora con insistente frecuencia. Ese menda servido de felicidad, no podía esperar desgracias.

A la mañana siguiente, Patas estaba apático, pero por su docilidad y con buen hacer aguantó el tirón de la cincha. Soportó el golpe los serones sobre la manta roída y como se desollaban sus rozaduras.

El campesino frotaba sus partes sobre los gruesos pantalones de pana, que de tantos zurcidos que presentaban, se diría les habían disparado unos tiros de escopeta con cartuchos cargados de retales. Su gesto, mordiéndose los labios, arrugando frente y ojos, pregonaba dolor ajeno.

Volvieron pronto de los campos. Al medio, día estaban en la cuadra los rucios y con la ración en el pesebre. El campesino repetía el gesto de cara y rascaba ávidamente los genitales, como si le escociesen.

El reloj no había completado una hora. El amo se presentó con un fulano de exagerado bigote que sujetaba un saco sucio de yute. Examinaban y murmuraban desde la puerta. Se desconoce, de donde tomo la idea el labriego, pero había decidido castrar a Patas; Su estado decaído, su gastada forma física podían estar ocasionadas por encontrarse movido.

Según las reflexiones de Amadeo. —El “soseimiento” por hembra no puede hacer bien—.

EL dueño del bigote y del saco, era el herrero quien por unas perras y una copa de cazalla ejercía algunas veces de veterinario para apaciguar permanentemente la calentura de los cerdos. Era un hombretón en tamaño y fuerza que tuvo que agachar la cabeza para no golpearse con el dintel. No tardó en tumbar al desvalido burrito, atarle las patas y dejarlo inmovilizado. Después, desató el cordel que cerraba el fardo, sacó una navaja de barbero, una lata, y un trapo.

Los brillantes ojos suplicando, de Patas, no se apartaban del individuo fuerte. Patas sintió; un remojón en sus partes, un tirón prieto y angustioso; el corte afilado, el dolor y como la sangre corría para alguna parte. Intentó levantarse y correr, pero ni las sogas que lo ataban, ni el miedo que sentía, se lo permitieron.

Sobrao, a su lado, con unos ojos grandes, zainos, confusos y que puso bizcos, se pegó contra la desconchada pared. Templaba, sudaba y le tintineaban los clavos de las herraduras. Acachó las orejas y las replegó sobre su cabeza. Desplomó el cuerpo sobre el suelo de piedra y apretó sus testículos fuertemente sobre aquellas losas. Sus patas, temblorosas, le salieron

lanzadas; quedando muy estiradas. Apuntando, cada extremidad, para un diferente destino y en una posición difícil de justificar.

Los pollinos pasaron la desdichada noche callados, en atroz silencio. No hicieron ruido para moverse, permanecieron quietos. No hicieron ruido con palabras, estuvieron mudos. No hicieron ruido con pestañas, estuvieron sin parpados.

El gallo no había cantado y como siempre con el descerrojazo de la puerta y el chirrido de las bisagras, se levantaron los jumentos.

Sobrao, al estar dotado de cuello largo, examinaba sus partes y las encontró en su lugar, rebuznó robustamente con alivio placentero. Patas, afligido, con reducido cuello, no alcanzaba a ver lo que le quitaron. Sufría de una profunda tristeza; unos estremecedores calambres recorrían sus sentidos y se le enquistaba en su cuerpo el frío de una aterradora tiritona por la fiebre de la infección que se le extendía con virulencia.

El palurdo en imponente ceremonia, aparejó las bestias y montó como siempre en Sobrao. Los tres estuvieron en extraña afasia y evitaron cruzarse la mirada. Discretos y callados, iniciaron la procesión para el tajo. Al dispuesto tacaño se le presentaba una dura jornada. La escasez de lluvias, arruinó el melonar; las heladas y los fríos decapitaron los brotes de los almendros, los árboles andaban pelados y sus ramas asustadas no consiguieron sacar ni hojas.

Los tres estaban en medio del melonar. El labriego impaciente zaqueaba de aquí para allá, requeté—buscando entre las secas matas de color tabaco. De algunas de ellas, sacaba esmirriados melones, con abolladuras de muy mal aspecto, que no llegaban a tener ni el color, ni la traza de fruto alguno. Si alguien, desde cierta distancia, viese al agricultor, podría asegurar que estaba recogiendo piedras y que las cargaba en un burro.

—Este año no pinta bueno—. Refunfuñó Amadeo, mientras restregaba su puño sobre la boina de la cabeza y miraba para los cielos.

Una nube, de moscas y moscardas, atacaba a Patas que carecía de la fuerza para intentar espantarlas.

Sus cuencas flacas de sus tristísimos ojos presentaban una invasión de un ciento de insectos. Unos espasmos le castigaron todo el cuerpo, y dio unos pasitos, hacia su dueño. Andaba cojeando y desequilibrado. Un soplo de brisa meció el tupe de Patas, el asno fiel. De repente cayó, de lado, empujado a la tierra por el aire suave. Las costillas, al golpearse con los apretados terrones, sonaron a tambor roto y hueco. Se levantó una pequeña polvareda. El polvo y el enjambre de moscas estaban mezclados y no se decidían a donde posarse. De su boca corrió una baba verde, y a la vez, amarilla, que se descolgaba goteando para formar un charco delante del hocico. El líquido no lo absorbía la seca tierra, parecía que no lo quería; en cambio las moscas testarudas se arremolinaban y zumbaban para llegar a esa secreción.

El agricultor enfadado, resoplando por la nariz, con las cejas juntas y con una vara en la mano, la más gruesa que pudo sujetar su brazo, se dirigía a los restos del pollino. Le asestó dos estacazos en la mitad de los lomos, mientras le increpaba.

—¿Será penco el animal?. ¿Será capaz de palmar en mitad de este chicharral?. ¡El puñetero con la carga de melones puesta!

Escupía las maldiciones con los labios cerrados y tensos, sin articular palabras escupiendo el aire a través de sus espaciados y salteados dientes.

El inocente burrito, más allá que acá, no comprendía el porqué de su amo y cómo reaccionaba así.

Cada vez que el labriego levantaba el garrote para golpear; la sangre, que le iba por la cabeza, se condensaba en los ojos presionando fuerte y para fuera, tanto que se le podrían haber reventado. El bruto, con las venas tan hinchadas, asustaba. Su cara, saturada de rabia y odio, le estrangulaba el juicio.

—En vez de darme palos, por favor, si me quitases la carga y el serón o los melones—. Pensaba el moribundo animal e intentaba moverse sin conseguirlo.

—He trabajado duro sin pedir demasiado a cambio, un puñado de grano y un poquito de agua, he sido siempre leal y amable—.

—¿Qué hice mal?—.

Relinchó, su último aliento y se murió dos veces, una por la pena y otra por el hambre. Si dicen que la muerte alguna vez fue dulce, para este animal no lo fue, puesto que no se murió por sentimiento sino que lo hizo por pura necesidad.

El agricultor, al ver que el asno estaba muy muerto, continuó con los estacazos; quizá pretendía que el alma saliese deprisa del cuerpo ablandándole las carnes al burrito.

Después de las blasfemias y los juramentos, comenzó a quejarse de su suerte.

—¿Pero qué he hecho yo para merecer esto?. ¿Acaso no te he cuidado y alimentado?. Te di un lugar resguardado donde descansar.

¿Así me lo pagas?—.Le recriminó, al animal que no miraba.

Sobrao siguió toda la escena y llegó a pensar que los palos que daba el paleta, no eran para reanimar al bondadoso y que eran para comprobar que estaba correctamente muerto; con los ojos de par en par y entre patéticos rebuznos en su mente hilaba su nueva vida de burro de carga: manso, fiel y mal comido. Se vio a sí mismo deslucido, con tiñas y sarnas en cuerpo y con las patas arqueadas. Se vio a sí mismo como el piadoso; un cadáver apaleado y roto.

La escena berlangiana: de animales, hombre y melones, tenía excelente plano; con el sol y horizonte cambiándose los colores, cediendo los rojos que buscaban los tonos de la noche y con las figuras de unos seres que muy próximos presentaban intenciones muy distantes.

Sobrao se quedó inmóvil, callado, absorto en pensamientos. Después del rato de falsa indignación y resentimiento visceral,

cuando fogueó a base de dar palos, el agricultor dedujo.

—Bueno, aún así tengo que volver a casa, está oscureciendo y pronto será noche cerrada. Debo de darme prisa.

Agarró el ranzal del tozudo y estiró hacia él. El terco al intuir la desatinada intención del amo; de pasarle la carga del fiambre de su compañero que yacía con las costillas aplastadas por los leñazos y con los ojos lagrimeando un blancuzco pigmento mate, tuvo varios repeluznos, no fueron por el que estaba sin vida, se le iniciaron por su pensamiento y le recorrieron el cuerpo.

—Y que mis lomos acarreen el serón cargado de raquítricos melones—. Especulaba Sobrao, con las orejas de punta.

Salió corriendo despavorido, coceando y rebuznando como sí le hubiese poseído un mal demonio y le “guiscase” en los muelles de los nervios. Entre las tantas coces que tiró y repartió el borrico, un par de ellas muy seguidas dieron de lleno la boca del Amadeo, saltándole cinco o más dientes. No conocería el número porque volaron tan lejos que no hubo posibilidad de contarlos. Pero por el boquete que le quedó en la boca y la manera de brotar sangre, pudieron ser, en esa cantidad o más.

Con más desmayo que conocimiento, el hombre se sujetaba un labio que le colgaba y balbuceando maldiciones intentaba calmar el dolor que le hacía ver con borroso nublado y llorar con lágrimas muy recias.

Dejando solo al amargo Amadeo, el coceador y asno, desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. De todas direcciones que podía coger un animal, este fenómeno, emprendió con la más lejana.

Solo, el avaro en estado de shock por lo acontecido, con un labio excesivamente grueso por la hinchazón y de color moribundo. Tra- gando sangre, pensaba.

—Estos melones no me los dejen aquí... me los llevo a casa—. Salvando el escaso cuerpo con el que presumir, ese ser de tanta

bilis y tanta avaricia, levantó el serón y se puso en marcha con la carga a cuestas.

Una mitad de la luna, que se había subido al cielo, daba un hilo de luz pálida y evitaba tropiezos del tacaño que se encontraba completamente envuelto por el serón. Echaba los pies con cruel pena y lentitud sin lograr

despegarlos del suelo; arrastraba la carga que por derecha e izquierda y también detrás le colgaba. La imagen avanzaba por el camino, lenta, entre dolorosos jadeos. Los chasquidos al mover las piedras sueltas y unos extraños gruñidos indicaban que algo se acercaba.

Si algún hombre de paz se hubiese topado, con aquella aparición a esas horas, indiscutiblemente que corriendo huiría y no se hubiese esperado a coger averiguaciones de lo que se aproximaba. Pensaría en una marimanta horrible que le venía para ajustarle las cuentas. Entre tanta noche, la silueta sin piernas reptaba hacia el pueblo, le salían bufidos ahogados por falta de respiración. El ser horrible con el cuerpo repleto de bultos podía haberse fugado de algún infierno.

Su esposa, preocupada, se asomaba de cuando en cuando a la calle. Su marido debería llevar horas en casa.

—¿Qué puede suceder para este hombre no esté aquí?—. Se preguntaba la consorte. Mostraba el nervio para la bronca, su marido debía de estar en casa con funciones de esposo y no daban señales, ni animales, ni marido.

Por las sombras de la calle y de la noche subía el herrero, llegó hasta la puerta donde la impaciente y sofocada labriega demostraba trastorno. Se detuvo, como servicial vecino, para preguntar por la inquietud y desasosiego de la mujer.

Entró, Amadeo, a su casa con las primeras horas del día siguiente, las horas que cuando tenía burros, solía salir. Al regresar con sobre- pasado destiempo y sin las bestias, su esposa no le escuchó.

Dejó caer el lastre con mucho consuelo para su espalda; permaneció encorvado durante un agotador rato y le fue imposible enderezar la columna entera que le había cogido la forma de la carga.

Su señora se percató de su llegada, por los crujidos de su espinazo que al enderezarse se lamentó con aparatosidad y hueso por hueso. La mujer de un brinco se puso la bata y saltó de la cama para ir a su encuentro. —¿Dónde están las bestias?—. Preguntó la alterada.

—¡Calla!. Y... calla.—respondió sin voz el exhausto.

—Estoy tan cansado que no puedo ni hablar. Si no te importa, mañana te contaré todo. Me voy acostar. —confesó.

Y mientras subía las escaleras dirección al dormitorio, dejaba a su esposa apoyada en la pared al lado y debajo del cuadro de la Santa Cena, con El Buen Jesús rodeado de los once Apóstoles sentados en una mesa larga para caer todos de frente en el retrato y otro señor que hacía de Judas que lo dibujaron de tal forma que no se merecía ni comer.

Se refrescaba con el agua de la jofaina, colocada encima de una vieja cómoda coronada por un espejo circular. Se echó agua sobre la cara y miró su rostro en el espejo.

Pocas veces, las personas, cuando se miran en el espejo, se ven y se sienten; pero este hombre con asombro se vio reflejado y junto a él, al herrero castrador que pretendía esconderse en el armario. Lo intentaba de forma sigilosa y pausada, queriendo dar disimulo; pero era inconcebible que un ser de aquel inmenso tamaño entrase por puerta de armario alguno. Sobre el sentimiento al verse en el espejo, quedó plasmado en el cuadro de los que cenaban, porque todos los santos se habían levantado, se apiñaron muy pegados al marco, para poder ver por el hueco de las escaleras.

La habitación era pequeña y en el cabecero de la cama un retrato de un ángel entrado en carnes contenía la risa. Se cruzaron la barriga del herrero y la barbilla del agricultor y se pasaron tan cerca que casi se rozaron. A pesar de las estrecheces hubo suficiente distancia para que corriese mucho silencio. Los pies que eran lo único que tenían similar altura pero con diferente tamaño no tuvieron más remedio que tocarse, puesto que los cuatro pisaban en el mismo suelo y los del herrero sobresalían sin recato ni miedos.

El “Sin Burros” cansando con la boca rota y ahora cornudo tropezó con la mirada del herrero y sus ojos de perplejo lo siguieron paso a paso, lentamente, hasta que, el fornido abandonó, subiéndose los pantalones que le

andaban por los tobillos, la habitación. La carade Amadeo quedó como mármol de lapida, con el gesto estático y la boca abierta, sin decir nada, dejó que saliera el otro por la puerta.

Se echaba agua en la boca y en el labio que tenía una herida fea, los dientes no se atrevía a verlos. Pensaba tantas cosas y todas de la vida.

Esos irritantes picores de entrepierna que achacaba a sarnas del burro y que padecía hacia meses... tienen ya justificada explicación.

Pasados unos largos minutos, su esposa entró en la alcoba con un tazón de leche y picatostes.

—Toma querido. Tómatelo y descansa. Duerme que mañana será otro día.—dijo.

—Y más jodido —pensó.

Sobrao, aún corría como poseso trotón, lanzaba todas las extremidades a la vez y tan rápido que quizá se mereciese el nombre de centella.

El sol, distante, tocaba el suelo y se aleja el otro día. La sombra alargada de un burro lejano apuntaba otra noche. Durante las noches, también corrió y como no veía ni tres en sí mismo, Sobrao chocó con todo lo que se puso delante y debajo puesto que se dio bruces con árboles, tropezó en peñascos y se cayó en socavones; incluso llegó a atravesar un impenetrable chumberal y no para comer higos sino porque no lo vio, dejando una despejada vereda que luego otros la utilizaron como trocha. Corrió sin mirar atrás y únicamente paraba, muy de cuando en cuando, un momento, para tomar resuello y seguir.

Nunca miró detrás. Atravesó cuatro horizontes y bien pudo conocer media España. Pero no se paró, para ver, por prisa y toda la galopada la hizo en línea extremadamente recta, no por el trazado sino por la severidad, porque fueron numerosos los golpes que recibió aunque los dolores se lo quedasen otros.